

lanzando vivo fuego por los ojos, dijo: "¡Oh bellaco villano, malmirado, descompuesto é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginación? ¡Vete de mi presencia, mónstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas! ¡vete, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira!" y diciendo esto, enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pié derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas: á cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus piés la tierra, y le tragara; y no supo qué hacerse, sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenía ya el humor de Don Quijote, dijo, para templarle la ira: "No os despecheis, señor caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasión, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie; y así se ha de creer, sin poner duda en ello, que como en este castillo, según vos, señor caballero, decís, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podría ser, digo, que Sancho hubiese visto, por esta diabólica vía, lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad.—Por el Omnipotente Dios juro, dijo á esta sazón Don Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala visión se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie.—Así es, y así será, dijo Don Fernando; por lo cual debe vuestra merced, señor Don Quijote, perdonalle, y reducirle al gremio de su gracia, *sicut erat in principio*, antes que las tales visiones le sacasen de juicio." Don Quijote respondió, que él le perdonaba; y el cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, y él se la dió, y después de habérsela dejado besar, le echó la bendición, diciendo: "Ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por vía de encantamento.—Así lo creo yo, dijo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por vía ordinaria.—No lo creas, respondió Don Quijote; que, si así fuera, yo te vengara entonces, y aun ahora; pero, ni entonces ni ahora, pude ni ví en quién tomar venganza de tu agravio." Desearon saber todos qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no menos se corriera Sancho si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamento, puesto que jamás llegó la sandez de Sancho á tanto

que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creía y lo afirmaba. Dos días eran ya pasados los que había que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta; y, pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden para que, sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y Don Fernando con Don Quijote á su aldea, con la invención de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el cura y el barbero llevarse, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué, que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente Don Quijote; y luego, Don Fernando y sus camaradas, con los criados de Don Luis y los cuadrilleros, juntamente con el ventero, todos, por orden y parecer del cura, se cubrieron los rostros, y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que á Don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo había visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormía, y, asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los piés, de modo que, cuando él despertó con sobresalto, no pudo menearse ni hacer otra cosa mas que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visajes, y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginación le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podía menear ni defender, todo á punto como había pensado que sucedería el cura, trazador desta máquina. Solo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca hasta ver en qué paraba aquel asalto y prisión de su amo, el cual tampoco hablaba palabra atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fué que, trayendo allí la jaula, le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente que no se pudieran romper á dos tirones. Tomáronle luego en hombros, y, al salir del aposento, se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el barbero, no el del albarda, sino el otro, que decía: "¡Oh caballero de la Triste Figura! no te dé afincamiento la prisión en que vas, porque así conviene para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso; la cual se acabará cuando el furibundo leon manchego con la blanca paloma tobosina yacieren en uno, ya después de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco: de cuyo inaudito consorcio saldrán á la luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre; y esto será antes que el seguidor de la fugitiva Ninfa faga dos vegadas la visita de las lucientes imágenes con su

rápido y natural curso. Y tú, ¡oh el mas noble y obediente escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro y olfato en las narices! no te desmaye ni descontente ver llevar así, delante de tus ojos mismos, á la flor de la caballería andante; que presto, si al Plasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor; y asegúrote, de parte de la sábia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra; y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde pareis entrambos; y, porque no me es lícito decir otra cosa, á Dios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me sé;" y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oían. Quedó Don Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometían el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrían los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpétua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y, dando un gran suspiro, dijo: "¡Oh tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado! ruégote que pidas de mi parte, al sábio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho; que, como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso; y, en lo que toca á la consolación de Sancho Panza, mi escudero, yo confio de su bondad y buen proceder que no me dejará en buena ni en mala suerte; porque cuando no suceda, por la suya ó por mi corta ventura, el poderle yo dar la insula, ó otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse; que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia." Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPÍTULO XLVII.

Del extraño modo con que fué encantado Don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

CUANDO Don Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dijo: "Muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes; pero jamás he leído, ni visto, ni oído, que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires, con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube, ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipogrifo ó otra bestia semejante; pero, que me lleven á mí ahora sobre un carro de bueyes, ¡vive Dios! que me pone en confusion; pero quizá la caballería y los encantos destes nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos; y tambien podria ser que, como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos, y otros modos de llevar á los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo?—No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leído como vuestra merced en las escrituras andantes; pero, con todo eso, osaria afirmar y jurar que estas visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas.—¡Católicas, mi padre! respondió Don Quijote; ¿cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos, para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? y, si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás cómo no tienen cuerpos sino de aire, y cómo no consisten mas de en la apariencia.—¡Par Dios, señor! replicó Sancho, ya yo los he tocado; y este